

LA TOMBALE

(Cortometraje: extracto)

SEC.1 EXTERIOR-CREPÚSCULO/CEMENTERIO PÈRE LACHAISE (PARÍS)

Cielo gris.

Un hombre, de unos cuarenta años de edad, camina entre las tumbas. Al fondo, de pie, frente a una tumba, vemos la silueta de una mujer delgada, vestida de negro.

El hombre mira fijamente a la mujer. Luego, se acerca a ella. Justo cuando llega a su altura, ella cae a tierra, desmayada. El la levanta de inmediato. Es entonces cuando puede, por vez primera, verla de cerca: se trata de una mujer de alrededor de treinta años, de piel blanca, cabellos y ojos negros, muy bella.

La mujer vuelve en sí rápidamente mientras él la sigue sosteniendo entre sus brazos. Ella le expresa su agradecimiento, disculpándose a la vez. Parece confusa, pero da a entender que es el dolor la causa de su desmayo. Unas lágrimas se escapan de sus ojos oscuros, quizás se deben al dolor; quizás al frío. La mujer parece sentirse incómoda, y da la sensación de querer huir. Sin embargo, en cuanto se recupera un poco, esboza una sonrisa casi infantil, entrañable.

El hombre y la mujer caminan lentamente hacia la salida del cementerio. El lanza unas rápidas ojeadas a su alrededor, perplejo, turbado por lo que acaba de pasar. Su mirada se fija de nuevo en el rostro de la mujer con tal insistencia que ella trata de escapar del fuego de esos ojos inquisidores, procurando mantenerse impasible.

Los dos salen juntos del cementerio.

HOMBRE

Creo que debería tomar algo caliente...

La mujer niega con la cabeza. Luego, le mira a los ojos por vez primera, se estremece ligeramente, y se disculpa, balbuceando:

MUJER

Sí... No. Perdone, voy a sentarme un momento,
Enseguida se me pasará, se lo aseguro.

Al decir estas palabras, tantea con la mano, como si fuese ciega, el muro del cementerio. Lentamente se sienta, sin dejar de mirar al hombre.

HOMBRE

¿Señorita?, ¿Señora?...

MUJER

¡Señora!

HOMBRE

... Señora, ¡usted no puede quedarse ahí!

La mujer es de una palidez impresionante, desliza la mirada hacia el suelo, algo huraña.

HOMBRE

¡Es ridículo! No tengo la menor intención de secuestrarla, ¡puede estar tranquila!...
Sencillamente no se puede dejar a nadie en este estado...

MUJER

Señor, creo, por el contrario, que su cortesía es
muy excepcional...

HOMBRE

No se trata de cortesía. ¡Es lo que manda la ley!
(parece que intenta recordar) ¿Como era?...
"...La no asistencia a alguien que se encuentra en situación de peligro..."

La mujer deja escapar una risita, interrumpiéndole, él parece encantado de verla reír.

MUJER

¡La ley! ¿Quién se preocupa de las leyes? La ley, si...

Nuevamente con cierta gravedad:

MUJER

Señor... ¡Gracias! Me ha hecho usted reír... Hace tiempo que no me pasaba.

HOMBRE (citando)

"El único día perdido es aquel en el que no nos reímos",
... Esta máxima es la mejor de todas.

LA MUJER (ensimismada)

Entonces yo he perdido mi vida entera...

HOMBRE

¡Vamos Mujer! Seguramente exagera...

Ella le mira muy seria

MUJER

¿Yo? ¡¿Exagerar?! Si supiera...

HOMBRE

Justo es eso lo que quisiera saber...

MUJER

Ah, Señor, se le ruego: déjelo... ¡Déjeme caer!

HOMBRE

¿Otra vez?

Ella prosigue, como si no le hubiera entendido.

MUJER

Nada en mi persona ni en mi destino es divertido...
(y luego, con aire reflexivo): ...¡Ni siquiera interesante!

HOMBRE

¿Y si me interesase a mí?

Ella desliza una mirada rápida hacia él. Por primera vez asoma en su gesto la coquetería. No contesta nada, y vuelve a clavar su mirada en el suelo, como a la espera de algo.

HOMBRE (después de un largo silencio, suspirando):

Dígame, ¿Estaría de acuerdo en que hiciésemos un especie de pacto?

MUJER

¿¡El qué!?! (recobrándose, se ha puesto ligeramente colorada)
¿Qué ha dicho Señor?, ignoramos todo el uno del otro...
¿De qué tipo de pacto habla usted ?

HOMBRE

Es muy sencillo: hoy es hoy, y mañana será otro día. No sabemos si volveremos a vernos mañana; tal vez sí o tal vez no... ¡Hasta ahí, está de acuerdo! ¿Si?

MUJER (vacilando)

...Sí

HOMBRE

Bueno, pues hoy, mando yo. Hoy usted va a venir conmigo,
iremos a una cafetería en donde podrá recobrar fuerzas...

MUJER

Pero...

HOMBRE (interrumpiéndola)

¡No he terminado! (suavizándose)... y tomar algo caliente.
y después me contará lo que le parece tan inconfesable.

MUJER

¡Pero, yo no qui..., no puedo!

HOMBRE

Puede perfectamente y lo va a hacer. Ahora usted se va a levantar y se va a venir conmigo. Si mañana nos vemos otra vez, usted será quien mande.
Y espero no volver ver en ese adorable rostro tanta pena...

MUJER

Señor, está usted tan lejos de saber..., No tiene ni idea... ¡Cualquiera diría que me está proponiendo un juego!: ¡pero yo no soy una niña!

HOMBRE

Desde luego... Usted es una mujer, y por eso tiene más cosas que contar. Creo que no es necesario que siga mostrando mi curiosidad hacia lo que piensa que es tan poco digno de interés...

MUJER

Pero... ¿¿por qué, señor?!

HOMBRE

Porque me dejo llevar siempre de la intuición, y raramente me engaña.

MUJER

Su intuición,... ¿le lleva hacia la felicidad?

El hombre no se esperaba esta pregunta.
Después de un silencio:

HOMBRE

¿Y si le dijese que a diferencia de muchos mortales, la felicidad no es lo que busco por encima de todo?

MUJER

¡Es usted muy raro! ¿Y qué es lo que busca por encima de todo?
En fin, si es que me puedo permitir...

HOMBRE

¡Aprender! ¡Saciar mi curiosidad!
¡Pero basta, Señora!, yo también tengo frío: no sigamos con este parloteo...
¡Ni una palabra más, hasta que estemos en el café!

Se inclina hacia ella y le tiende el brazo.

La mujer no se mueve, pero de repente le mira como si se tratase de un enviado del cielo, de un encuentro providencial, de un salvador.

El hombre sonrío ante esa mirada.

La mujer se levanta lentamente, con cierto desconcierto, expresando con todo su ser algo de remordimiento. Él la agarra con firmeza.

Empiezan a caminar.

Sus siluetas se van dibujando al alejarse de nosotros.

Luego nos volvemos a encontrar con el rostro de la mujer: desliza una mirada hacia él, algo temerosa. Él mira hacia adelante, muy absorto en sus pensamientos. Entonces...

Entonces ella también vuelve a mirar de frente,... pero súbitamente su rostro cambia por completo, mostrando una expresión muy distinta: ¡una inmensa satisfacción! Una satisfacción a la que se abandona tanto, que llega casi a ser indecente, hasta el punto de preguntarnos si es que no habrá alcanzado su objetivo...

¿O es que, acaso, se trata de un ritual entre dos amantes que ya se conocen?

(...)

(...)

© Dominique Abel